Por un nuevo país

Berta Hiriart

México ha recuperado la fe en sí mismo y las mujeres jugaron un papel fundamental en este cambio

México está estrenando una organización política más abierta a la democracia que ha tenido durante larguísimas décadas. El partido petrificado en el poder durante buena parte de lo que va del siglo, ha perdido su dominio absoluto y hoy es sólo una fuerza más. En unas elecciones admirables por su limpieza y tranquilidad, organizadas por un grupo de ciudadanos independientes, la composición de las cámaras legislativas y de las gubernaturas de los estados se ha transformado en tripartidista, hecho que obligará al debate y a la negociación en vez del autoritarismo acostumbrado. Otra fortuna a destacar es la victoria de la izquierda en el Distrito Federal, que habla no sólo de las ganas de un cambio sino de la dirección social que se desea para éste.

Nadie puede dudar que las mujeres, quienes conformamos el 52% del electorado, jugamos un papel fundamental en este giro. Sin embargo, lo que aún está por verse es si esta nueva opción será capaz de desgarrar la vieja estructura para hacer lugar a las necesidades y puntos de vista específicos de las mujeres. Porque considerar las realidades de los distintos grupos, sus particularidades, implica una tarea aún más ardua y compleja que el triunfo electoral.

Hace falta repasar el álbum de recuerdos de los mexicanos para entender el punto en que se encuentra cada sector de nuestro complejo mosaico. Miles de testimonios dan cuenta de cómo nuestros antepasados, tanto indios como españoles, sometieron a las tatarabuelas, y cómo este sometimiento se fue heredando en forma de valoraciones, costumbres, leyes.

Claro que el álbum da cuenta también de las batallas contra el sexismo, contra esta desigualdad social y política astutamente asentada en las diferencias biológicas. Al llegar a nuestro siglo, hallamos mujeres que rompen los moldes impuestos en todos los campos: las universidades, las cámaras legislativas, las ciencias y las artes, los oficios antes vedados, las calles. En los años cincuenta, la mitad femenina de la población ganó el derecho al voto, en los años setenta, un cambio constitucional que dio el derecho a elegir el número y espaciamiento de los hijos, en los años ochenta una nueva ley que contempla la violencia sexual como un atentado contra la integridad en vez del equiparamiento anterior que la consideraba igual al robo de un monedero.

Y, sin embargo, en la práctica, el sexismo continúa ejerciéndose. ¿Por qué, si no por éste, a pesar de que las mujeres sumamos más de la mitad del electorado, la proporción de candidatas fue mínima? ¿Por qué, si nos hemos incorporado en forma masiva al trabajo remunerado, seguimos siendo las principales y en muchísimos casos, las únicas responsables de la vida doméstica? ¿Por qué no están dentro de las prioridades de los programas de salud ni el aborto a pesar de que su prohibición causa miles de muertes, ni la violencia contra las mujeres aunque suceda una violación cada nueve minutos? ¿Por qué la mayoría de las personas en extrema pobreza son mujeres? ¿Por qué hay más niñas que niños desnutridas y analfabetas?

Ya podemos ver el planeta Marte en las pantallas de la tele, pero salvo en momentos heroicos no logramos cambiar la distribución piramidal del poder, concentrado en la punta y reproducido en cada piso siguiente. Con las mujeres, exceptuando a un puñado, en la base, en los cimientos que sostiene la magnífica y triste construcción que es el mundo globalizado de hoy.

Hoy, que estrenamos un país que ha recuperado la fe en sí mismo, es preciso poner el dedo en la llaga y velar porque se realicen acciones concretas que vayan erradicando la discriminación y la violencia contra las mujeres. Para una voluntad democrática, los diferentes grupos sociales deben ser la principal fuente de inspiración. Sólo con ellos y sus particulares puntos de vista se hallará un modelo de desarrollo que sustituya a los que han demostrado ir en contra de los seres humanos.

La mayoría de las mexicanas votamos con la esperanza de que en nuestro álbum vayan apareciendo imágenes más justas y felices. Por ejemplo: niñas bien alimentadas cuyo principal deber es ir a la escuela, jóvenes que salen a la calle sin temor a ser agredidas, mujeres que encuentran un empleo cuya remuneración alcanza para vivir y cuyas prestaciones sociales son las que establece la *Ley Federal del Trabajo*, incluyendo el apoyo durante el embarazo, el parto y la crianza. También: equipos de toma de decisiones en todos los ámbitos conformados por mujeres y hombres en proporción equivalente, maestros de ambos sexos con salarios suficientes y conciencia de las desigualdades de género, centros de capacitación que abren sus puertas a las mujeres de cualquier edad, servicios de guardería donde no hostigan sexualmente a los infantes como ha sucedido en repetidas ocasiones, oportunidades para que las mujeres mayores puedan hacer cosas útiles mientras sus fuerzas lo permitan y apoyos para que reciban los cuidados necesarios cuando lleguen los momentos de debilidad...



No son imágenes extraordinarias o imposibles, ¿verdad? Simplemente son propias de una verdadera democracia. (FEMPRESS)♦